

nº
02

DE LAS IDEOLOGÍAS A LA EXPERIENCIA DE LO REAL

PREPUBLICACIÓN

Prepublicación del número 2 de *Relecciones*

RESEÑA DE

**“El final de la ideología”
de BELL, Daniel**

Reseñado por
ABELLÁN-GARCÍA BARRIO, Álvaro

El final de la ideología

Autor / Author

BELL, Daniel

Editorial / Publishing company

Alianza Editorial, el libro de bolsillo, Madrid, 2015, 178 pp.

“La historicidad del término ha perdido su contexto, y solo queda la penumbra peyorativa y desagradable, pero no la claridad conceptual. Ideología se ha convertido en una palabra fallida. Igual que pecado” (172). Este lamento profético con el que Daniel Bell clausura su obra justifica la actualidad de sus planteamientos. ¿Por qué es un problema la falta de “claridad conceptual” en torno al término “ideología”? Los análisis y distinciones de Bell recogidos en este volumen nos ofrecen claves fundamentales para el análisis del tiempo presente e, indirectamente, para un (auto)examen sobre nuestros planteamientos personales, políticos y sociales: ¿Pensamos de forma rigurosa o pensamos ideológicamente? ¿Qué consecuencias sociales tiene el triunfo político de planteamientos ideológicos?

The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties es un conjunto de ensayos muy diversos publicado originalmente en 1960. Desde entonces, Bell realizó varias modificaciones y añadidos hasta su edición definitiva en el año 2000. El volumen que reseñamos aquí recoge sólo dos ensayos que no formaron parte de la primera edición y que configuran una reflexión autónoma, marcadamente teórica, donde Bell se detiene a explicar qué entiende él por ideología y por qué es importante no confundir este concepto netamente moderno con otros como política, filosofía, cultura o religión. El responsable de esta nueva edición en castellano es Ángel Rivero, profesor titular en la Universidad Autónoma de Madrid, especializado en teoría y filosofía política e interesado especialmente en el estudio de las ideologías políticas y en lo que ese estudio tiene todavía que decirnos a los hombres del siglo XXI.

El primero de los ensayos recogidos es “El final de la ideología en Occidente: un epílogo”, aparecido en la edición de 1961 y el que encarna y justifica como ningún otro el planteamiento teórico apuntado en el título del libro. El segundo ensayo es “Retorno al final de la ideología”, añadido al final de la obra en 1988. En este segundo texto, retrospectivo y maduro, Bell profundiza en sus planteamientos originales, responde sus críticos y analiza los acontecimientos políticos clave acontecidos con posterioridad a 1960. Finaliza el ensayo, además, con “una nota más personal” (163) que nos revela la

inquietud que preocupaba especialmente al autor y que justifica toda la obra: “la importancia de trascender la ideología a través del debate público razonado” (164). En el fondo, Bell trataba de moverse en un delicado ámbito que evitara los dos extremos: por un lado, el discurso ideológico, infundido de pasión, que pretende transformar la sociedad a golpe de ingeniería social; por el otro, el discurso desencantado, escéptico y relativista que ya no cree en la verdad, ni en las ideas, ni en valores universales.

Bell distingue, como de pasada, entre el “estudioso” y el “intelectual” y nos parece que ese ejercicio es clave para comprender toda la obra: “El estudioso tiene un campo acotado de conocimiento, una tradición, y busca encontrar allí su lugar, añadiendo algo al conocimiento verificado y acumulado del pasado, como si sumara una tesela a un mosaico. El estudioso, *qua* estudioso, no se ocupa tanto de su «yo». El intelectual comienza con *su* experiencia, con *sus* percepciones individuales del mundo, con *sus* privilegios y *sus* privaciones y juzga el mundo desde esa sensibilidad [...] Hay por tanto una compulsión «de fábrica» para que el intelectual se haga político. De modo que las ideologías, que nacen en el siglo XIX tienen tras de sí la fuerza de los intelectuales” (77-78).

Quizá la elección del término intelectual para definir ese *ego*-ísmo que denuncia Bell no sea la más acertada, por más que historiadores como Paul Johnson hayan querido caracterizar ese tipo humano mediante la elaboración de biografías concretas con actitudes vitales similares (*Intellectuals*, 1988). Pero el texto de Bell subraya lo esencial: mientras que el estudioso se consagra a la verdad despreocupado de sí mismo, el intelectual –mejor, el ideólogo– se consagra a *su* visión, desde *su* sensibilidad, confundiéndola con la totalidad de la verdad y tratando de hacerla efectiva para el conjunto de la sociedad. Hay implícitas, en esta distinción de Bell, una ética del estudioso y una ética de la recepción o del lector, según la cual el esfuerzo por descubrir alguna verdad debe primar sobre el ego y la sensibilidad personal. De esta forma deja Bell entrever cómo concibe las relaciones entre la verdad universal y el bien objetivo, enfrentándose así tanto al relativismo como a la ingeniería social.

El esfuerzo de Bell en estos ensayos pasa por acotar históricamente el concepto de ideología y su significación específica en el ámbito de la teoría y la filosofía política. Lo hace reflexionando críticamente a partir de las definiciones de otros autores y de las consecuencias que sus concepciones han tenido en el desarrollo histórico del siglo XX. De esa forma logra distinguir el concepto de ideología para evitar que lo confundamos con otros como política, ideas, filosofía o religión.

Según Bell, “la ideología como instrumento de transformación de las ideas en acción recibió su formulación más aguda de los hegelianos de izquierda, de Feuerbach y de Marx” (61). La crítica de Feuerbach consiste en “sustituir a Dios por el hombre” (61). La de Marx, que invierte los planteamientos de Hegel, consiste en sostener que “la existencia configura la conciencia”, por lo que ninguna idea es realmente universal –no puede tener pretensión de verdad– sino que todas las ideas son una forma de legitimar el estado presente de las estructuras de poder. Por eso, para Marx, la verdad no está en las ideas, sino en la acción (62), por lo que “hay que mirar no al *contenido* de las ideas [en relación con la verdad que expresan], sino a su *función* [a qué intereses sirven]” (65). Lo que en la práctica hace que “la verdad está determinada por si ha contribuido o no a los intereses de la revolución” (68). El primer problema de las ideologías, por lo tanto, es que son ideas desvinculadas de su función veritativa y por lo tanto quedan también desvinculadas del bien común para servir sólo a los intereses de clase.

Bell admite que hay una estrecha relación entre nuestros intereses y nuestras ideas; pero no admite que los intereses determinen necesariamente nuestras ideas y para mostrarlo repasa varios casos históricos. Estas matizaciones le llevan a profundizar más en las causas del desarrollo ideológico, al sostener que hay algo mucho más problemático que la defensa –que además puede ser legítima– de unos intereses: la ideología “es un sistema integral de la realidad general, es un conjunto de creencias, infundidas de pasión, que busca transformar la totalidad de una forma de vida [...] *no* es necesariamente el reflejo de intereses modelados como ideas. Ideología, en este sentido, y en el sentido en que lo usamos aquí, es una religión secular. La ideología es la conversión de ideas en palancas sociales” (73-74).

Junto a la visión totalizante –un reduccionismo que se afirma como algo absoluto– que debilita nuestra inteligencia, junto a la voluntad de poder que busca la transformación de la sociedad y del propio hombre, Bell subraya el aspecto “pasional” de la ideología, que ayuda tanto a simplificación intelectual como al compromiso con la acción. “Para el ideólogo, la verdad surge en la acción, y se otorga significado a la experiencia mediante el «momento transformador». Se hace viva no en la contemplación, sino en la «ejecución». [...] La función más importante, latente, de la ideología es poner en marcha la emoción” (75). Quizá no venga mal recordar que, justo a continuación, Bell subraye: “pero la religión”, se entiende, la que no se ha convertido en ideología, “es más” (77).

Este análisis le permite a Bell sostener que: “Un movimiento social puede activar a la gente cuando hace tres cosas: simplificar las ideas, decretar algo que se presenta como verdad y, en conjunción con los dos anteriores, demandar un compromiso con la acción. Por lo tanto, la ideología no sólo transforma las ideas, también transforma a la gente” (77).

Bell añade un último factor, relevante para el prestigio de las ideologías en el siglo XIX: “Al identificar la inevitabilidad del progreso, conectaban con los valores positivos de la ciencia” (77). Cabría añadir que la “inevitabilidad” del progreso científico –del que se deduce, sin razón suficiente, el progreso social– desacredita también el peso de la libertad personal, puesto que es absurdo que la conciencia y la acción individual pretendan oponerse a lo inevitable.

El hecho de que se difuminen los límites del término “ideología” tiene terribles consecuencias sobre nuestra capacidad para distinguir entre el discurso del estudioso y el del ideólogo. Por un lado, si consideramos que la religión, la política, la filosofía, la ciencia y el arte son ideologías en el mismo sentido en que lo son el capitalismo o el marxismo, estamos rebajando la calidad y la cualidad de estas realidades y reduciendo también el enriquecimiento que podríamos adquirir si nos relacionáramos con ellas como se merecen.

Por otro lado, el afán ideológico está atacando también estos ámbitos de realidad, debilitando así sus sagradas funciones: “¿Qué no es considerado ideología hoy en día? Ideas, ideales, creencias, credos, pasiones, valores, *Weltanschauungen* [cosmovisiones], religiones, filosofías políticas, sistemas morales, discursos lingüísticos, todas han sido presionadas para dar este servicio” (147).

Las ideas, los valores, la filosofía y la religión son ámbitos destinados originalmente a revelar al hombre su propia identidad; pero estos ámbitos son ahora presionados por los ideólogos para ofrecer respuestas simples al servicio de cierta ingeniería social. Esta situación es característica de la modernidad y las guerras mundiales y los genocidios ejemplifican sus consecuencias deshumanizadoras.

“La ideología es una de las dimensiones de la modernidad” (150) que tiende a invadirlo

todo bajo la "rudimentaria aspiración prometéica, ahora hecha carne, de los hombres que transforman la naturaleza y se transforman a sí mismos: de hacer del hombre el amo del cambio y de rediseñar el mundo mediante un plan y un propósito conscientes" (151).

Frente a este relativismo –que en teoría política se predica también como historicismo–, Bell se muestra optimista: "La continuidad de la cultura es la refutación de cualquier historicismo, y los impulsos constantes por conocer la verdad constituyen el persistente latido que erosiona la roca del poder total. Ningún sistema político puede existir fuera del contexto de las justificaciones morales. Pero un orden moral, para que exista sin coacción o engaño, ha de trascender el particularismo de los intereses y cerner los apetitos de las pasiones. Y eso es la derrota de la ideología" (171).

Quizá ahora, subrayadas las distinciones pertinentes, podemos entender mejor el enigmático final de estos ensayos: "La ideología se ha convertido irremediamente en una palabra fallida. Igual que pecado" (172). Si aplicamos al concepto de pecado el mismo análisis que Bell se exige como estudioso, el término pecado sólo se esclarece como una herida, una obturación o un debilitamiento del profundo vínculo que une a los hombres con Dios. Las razones de ese debilitamiento tienen que ver con la pretensión del hombre de ocupar el lugar de Dios, que es exactamente lo que Bell considera el corazón de la ideología: una religión secular con afán de transformar la naturaleza y al hombre conforme a la particular sensibilidad del ideólogo. Ese debilitamiento del vínculo entre Dios y los hombres nubla la inteligencia, ciega la voluntad, desordena las pasiones y enfrenta a los hombres entre sí y contra la naturaleza.

Lo específico, pues, de las ideologías que nacen con la modernidad es la radicalización de estas rupturas y desencuentros, fruto de la pérdida del sentido religioso, del sentido de la verdad, del sentido del bien moral objetivo y de la exaltación de las pasiones. Lo que acrecienta las consecuencias destructivas de ese proceso deshumanizador es el desarrollo científico y técnico al que, sin embargo, no debemos culpar de nuestros males, pues bien podría servir a causas mejores. ■

ABELLÁN-GARCÍA BARRIO, Álvaro

Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)

Re lectio nes

www.relecciones.com



Universidad
Francisco de Vitoria
UFV Madrid